

Un golpe de suerte

El despertador golpeaba mi cabeza de manera estrepitosa.

¿A quién se le ocurría levantarse temprano un sábado?

Pero, además, ¿cómo se me ocurrió dejar todo para el último día?

Ese resorte me levantó de un salto, provocando en mí un mareo ortostático, que casi me hace tropezar con la mesita de noche de diseño comprada hace menos de un mes.

De hecho, la mayoría de los muebles eran nuevos, por lo que en la oscuridad de las 7 de la mañana de ese precioso febrero, me obligué a encender la luz.

Al fin y al cabo, no iba a despertar a nadie más. Seguía viviendo sólo. Aún así, eché un vistazo distraído hacia las sábanas arrugadas, por si el destino me hubiera traído una mujer y en ese momento no lo recordara.

Pero no fue así. Las sábanas mostraban el vacío anterior. Todavía mantenía la forma de mi cuerpo. Anoche, antes de quedarme dormido, intuía la enorme cama, que se hacía más grande al sentir la ausencia de una compañera.

Pero, con premura, desalojé esa cuestión de mi cabeza, introduciéndome en la ducha para volver a la realidad.

Tenía tantas cosas que hacer, que decidí recorrer Madrid como si de una gymkana se tratara, para llegar al objetivo final.

Eso de pasar media mañana en colas de centros comerciales no era algo que un hombre llevara bien por una simple cuestión genética.

El problema era que mi mañana no había podido ser más desalentadora. Al final, pude recoger sus frutos, pero el cansancio que invadía mis piernas y la frustración por el tiempo perdido, provocaban en

mí desazón. Soy así, pero esas cuestiones, que minaban mi conciencia, me iban acercando más a mi propio abismo.

Cierto es, también, que hubo algo en esas últimas horas que mereció la pena.

La coincidencia en el pasillo de la cafetería del centro comercial y el reconstituyente café con mi amigo Paco, después de tanto tiempo, le daba sentido a todo los esfuerzos del día.

Tras varios meses sin vernos, nos habíamos puesto al día.

Nos abrazamos y hablamos como hacía tiempo que no lo hacíamos.

Su viaje a Italia unos días atrás, las carreras que todavía seguía corriendo y, sobre todo, las batallitas de nuestra juventud que siempre salían a colación, y que nos sacaban carcajadas únicas; esas que sonaban así entre nosotros dos, hacía que mereciera la pena todo. No había otra relación que consiguiera esa afinidad.

El cansancio y la agitación entremezclada, provocaron en mí una necesidad imperiosa de llegar a casa, desconectar el teléfono, y disfrutar de la soledad y mi precioso piso durante el resto del fin de semana.

Tenía por delante una intensa agenda, y mi maltrecho cuerpo tenía que recuperar energía y recargarse para afrontarla.

Han pasado diez días, pero parecen diez años.

Mi cuerpo está envuelto en una pesadez tan abrumadora que el simple hecho de parpadear me parece infinitamente inalcanzable. Es como si me hubieran aspirado las fuerzas de una manera lenta y constante, impidiendo las respuestas más básicas de mi cuerpo.

Ya hace un par de días que dejé de luchar contra la retención urinaria y fecal, deslizándome a la impotencia más denigrante por la que había pasado en mi vida. Pero eran inútiles mis esfuerzos, y había llegado a desistir exhausto ante cualquier actividad que necesitara alguna caloría extra.

El personal de la UCI que deambula a mi alrededor vibra preso del nerviosismo. Enfundados en trajes de todos los colores imaginables, parecen haber atacado un antiguo trastero donde se amontonaran prendas de todos los tamaños, colores y formas, y se comenzaron a disfrazar con lo que iban encontrando.

Las enfermeras trabajan con presteza y dinamismo, rodeadas de bombas y monitores. A veces tengo la sensación de estar inmerso en una máquina espacial. No sé si son las drogas, pero vislumbro una danza coordinada entre todos sus cuidados. Coordinación y seguridad se dan la mano, mientras que mi cuerpo se beneficia de esas capacidades.

Hasta bolsas de basura recortadas me parecieron adivinar como calzas improvisadas o delantales. Tejidos sobre tejidos, en una defensa frágil de lo que mi cuerpo estaba descargando hacia el exterior.

El simple hecho de observarlos me provocaba angustia ,de una manera incontrolable y desahogada, que debilitaba aún más mis maltrechas fuerzas.

Además, el contacto con las personas a través de sus ojos se había debilitado a la vez que mi energía.

Guantes, unos encima de otros, evitaban el roce de la piel, ese que tantas emociones podía transmitir.

Pero, ni siquiera la mirada era posible. Los ojos de los que se acercaban aparecían profundos tras enormes gafas y pantallas protectoras, invadidas por el vaho, sin permitir conocer lo que expresaban.

Eso, unido a mi dificultad de expresión por la falta de energía, provocaba una casi ausencia de comunicación, a la cual ninguno de los que estábamos allí inmersos, desde ambos lados del cuadrilátero, nos acostumbraríamos.

Y a esa angustia que recorría mi garganta, se sumó la percepción, de una manera inevitable, de todas aquellas personas con las que me había relacionado la semana anterior. Todos aquellos a los que había besado, abrazado, gritado. Todas las veces que estuve sentado con más gente, todos los que habían podido sufrir un contagio, por la simple cuestión de estar sentado junto a mí.

Todas esas dudas dispararon mi corazón cuando empecé a ser consciente de ellas.

Me sentía culpable. Con mayúsculas. Tanto que la ansiedad se empezó a apoderar de las pocas capacidades que dominaban mi cuerpo. Me abandoné a ella como el que se deja llevar por las olas, a pesar de saberse adentrando en el mar, sin pensar que el camino de vuelta, puede estar dificultándose.

Llegó un momento en que la opresión en el pecho y la dificultad respiratoria saltaron los límites, y todos los aparatos que rodeaban mi cama comenzaron a pitar de manera descontrolada.

Gracias a Dios o a quien domine ésto, pasaba muy rápido. Las decisiones se estaban tomando con velocidad inusitada y gran presteza. En cuestión de minutos, estaba relajadamente sedado, con un tubo en la boca que infundía aire con violencia al interior de mis colapsados pulmones, y el exterior se convirtió en un rumor que, poco a poco, se fue diluyendo, hasta que quedó en nada.

Durante todo el tiempo no pude quitarme la visión de mi amigo Paco, casualmente en la cama de enfrente, pasando por ese mismo proceso unos días antes. Todas las horas que presencié las sufrí a continuación en mi persona. Me facilitó la tarea de afrontar y asumir mi propia muerte.

Aún así, aquello no fue suficiente para desprenderme de la sensación de culpabilidad de lo que había transmitido a los que me rodeaban.

Yo moriría. Ellos, no lo sé, pero aquella cadena tendría consecuencias desconocidas hasta ese momento. De eso, no tenía ninguna duda.

Probablemente Paco fuera uno de los primeros pacientes que llegaran a España. Aquella cuestión, ahora, carecía de importancia.

Aquel timo piramidal no iba a ser ninguna broma.

De todas maneras, yo, con seguridad, no lo presenciaria.

Me tocó esa suerte.

Juan Martín Castro

Enero de 2022